

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8280

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

12 de Junio de 1889

LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo; aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometi el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente a media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas puminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

Véase en la 4.ª plana el anuncio *Gran Exito*

CURA inmediatamente toda diarrea de vómitos y disenterias, Bismuto y Obeiro Vivas Perez. Tómitos (de los niños) y de las embarazadas. Colera, Tifus, Calarras y úlceras del estómago. DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

ECONOMIAS EN MARINA.

VI

Por los artículos que llevamos publicados con igual título que éste, habrán visto nuestros lectores, lo arbitrario y absurdo del proyecto del presupuesto económico que el Ministro de Marina presenta ante el país para el próximo ejercicio.

Si este documento hubiera sido redactado disponiendo de poco tiempo ó se hubiera exigido su formación en un brevísimo plazo, podían admitir alguna excusa sus muchos errores; pero como no ha sucedido así, y es además conocido el espíritu de *unión y buena armonía* que reina en la Marina, son por esta razón mayores y más contundentes las censuras que unánimemente se dirigen á la obra del Sr. Rodríguez Arias.

Como dato importante y en apoyo de cuanto decimos, bastaría conocer la opinión de todos, y cada uno de los que componen la Armada, para convencerse de que solo el Sr. Arias y acaso, acaso, alguien muy allegado á él, y que haya tenido intervención en ese engendro de proyecto, podrán estar satisfechos de una obra que toda la Marina repele.

También exponemos al juicio general el hecho de que la subcomisión del Congreso que entiende en el examen del presupuesto del ramo de que venimos tratando, ha hecho caso omiso de lo que el Ministro propone, por no estimarlo equitativo ni justo, puesto que á unos cuerpos se le rebaja la mitad de su personal á otros se les suprime parte de sus unidades orgánicas, por estimar el Sr. Arias exceso de fuerza dadas las actuales necesidades de la Marina, y á otros *mucho más numerosos* y que tienen más directa relación con dichas necesidades, se les conserva tal cual están en la actualidad, por más que no haya

destinos que confiar á su personal para tenerlo empleado.

La subcomisión en vista de no reflejar imparcialidad las economías propuestas, y con mejor sentido práctico que el señor Ministro, introduce más *economías, verdad*, atacando de frente las partidas ó conceptos en donde verdaderamente se pueden llevar á cabo las rebajas sin que afecten á ningún organismo, ni entorpezcan los servicios encomendados á cada uno de los que forman la Marina.

La referida subcomisión con el propósito sin duda de facilitar la administración de ese departamento y evitarle el mucho trabajo que proporcionan los *asuntos puramente militares*, que distraen indudablemente el atender á las *tareas marineras* y dificultan por lo tanto dedicarse á sus reformas; propone la acertada medida de que el cuerpo de Infantería de Marina, pase á depender del Ministerio de la Guerra, llevándose como es lógico su presupuesto consignado en el de Marina.

Con dicha resolución, además de lo enunciado, se persiguen varios objetos favorables al buen nombre de ese cuerpo figurando en primer término, el que cese de oírse anualmente, en esta época, discutirse si es ó no útil, si para su futura existencia se hace necesario reformarlo, con arreglo á los progresos navales, y otra porción de argumentaciones por el estilo, que lastiman profundamente al cuerpo que tan relevantes servicios tiene prestados al país y que éste ha estimado como eminentes. También se evita con semejante medida, que repetidamente se le haga aparecer como rémora para que la Marina prospere y progrese. Finalmente dejando de pertenecer á la Armada, puede esta dedicarse con más tiempo, con más calma, y desahogo á estudiar los diversos problemas relacionados con la ciencia naval y al confeccionar sus presupuestos el Ministro del ramo, no se fatigará tanto, porque habrá un cuerpo menos en que emplear su atención.

Nosotros por creer que con este cambio gana la corporación en cuestión, la felicitamos cordialmente, toda vez que al pasar á percibir sus asignaciones por otro Ministerio lo efectúan formando cuerpo como se halla constituido, llevando consigo sus banderas y tradiciones y otorgándoseles las consideraciones y derechos que disfrutaban los demás institutos del Ejército.

A seguir por el camino emprendido nada de particular y extraño tendría que el año venidero se propusiera el pase á Guerra del cuerpo de Sanidad y eclesiástico, y al siguiente el de Administración al de Hacienda y pueda dentro de poco verse realizada la obra tan acariciada, por los modernos economistas, de que se suprima el Ministerio de Marina y pase á formar una Dirección general dentro de un Ministerio que muy bien podría llamarse de *Fuerza Pública*.

Con esta importante reforma se obtendría una gran economía, los servicios más regularizados, puesto que habría unidad de criterio en el mando, más analogía entre los diversos cuerpos y más autonomía, consideración, unión y compañerismo entre

todos los que formaran la fuerza armada de la nación.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

PESETAS

Charada

Tres cuatro tercera cuarta que primera dos el todo.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

MANAZAS.

La resistencia era desesperada: el fin de la lucha llegaba como se ven llegar las sombras de la noche, lentas, progresivas, inevitables.

El enemigo victorioso transitaba tranquilamente por las calles del pueblo: sólo se escuchaba un fuego lento de fusilería, y aquellos últimos ecos del combate en su agonía, armonizaban con los postreros resplandores del crepúsculo.

En una de las últimas callejuelas, una porción de piedras casi apiladas en montón, simulaban una barricada, la que acaso por insignificante, no había llamado la atención del enemigo: un par de docenas de defensores silenciosos, abismados á cual más en aquella tristeza de que estaba impregnado el ambiente saturado de pólvora, esperaba con las preparadas la ocasión de hacer fuego. Aquel montón heterogéneo de piedras, ladrillos, maderas y colchones, apilados aprisa en revuelta confusión, tenía mucho más de triste que de imponente.

Había entre aquellos defensores un hombre que iba y venía, daba órdenes, modificaba la situación de este colchón, movía aquella piedra, enderezaba aquel madero, y en su agitación febril, miraba y volvía á mirar por aquellos agujeros irregulares, por uno de los cuales, asomaba la boca negra de un cañón de pequeño calibre.

Aquel hombre era el jefe.

El cañoncillo cogido al azar, detenido, acaso en la marcha retrógrada de la artillería al ir á tomar posiciones á retaguardia, fue acogido con un grito de fraternidad por aquel puñado de valientes.

El cañón ruje con ira y vomita venganza: y nada más que venganza é ira revolían en su pecho los atletas, y de aquel horrible amasijo resultaba la desesperación.

Fue tratado con mimo, colocado en el centro de aquella muralla informe, no sin haber repasado antes la falta de una sobremuñonera con una soga de esparto que hacía bastante íntima la unión de la pieza con su ajuste.

¡Horrible contraste! Aquella boca circular, fría, muda y lóbrega, casi tan lóbrega como la lumbrosa claridad donde se fraguaban los pensamientos del que la había emplazado, había de abrasar como un áscua, iluminar con su rojiza luz y atronar el espacio con ese ruido característico que produce la metralla.

Hacia ya un buen rato que en la plaza había cesado el fuego, y perdiendo una y otra casa, una barricada tras otra, habían sido rechazados hacia el perímetro del pueblo, últimas posiciones desde las cuales, el fuego de los diezmos defensores, apenas si podría contener un cuarto de hora el enemigo.

El estridor de la lucha que decrecía por momentos, llegaba hasta nuestros hombres en oleadas intermitentes.

Las tropas se batían en retirada; pero aquellos bravos, que no tenían noción del arte de la guerra, se batían cuerpo á cuerpo y no retrocedían nunca.

Esto era todo para ellos.

Aquellos hijos del pueblo, aquella *canalla* que empezaba á sentir el hambre, aquellos hombres que esperaban serenos una muerte cierta, consecuencia lógica de una resistencia estóica, sentían latir en su corazón el sentimiento de los defensores de Sagunto y Numancia.

España es siempre España, y el pueblo, ¡el pueblo es siempre el héroe!

Extraño era el espectáculo que presentaban aquellos hombres sucios y mal vestidos. Aquellas escopetas viejas, corroidas por la herrumbre, deterioradas por el tiempo, armonizaban con los pañuelos, que hacían el oficio de gorras, con las rojas fajas, con toda aquella indumentaria curiosa y extravagante.

En algunos, á la escopeta, había sustituido una pistola, otros tenían un hacha de *hacer leña* y el capitán llevaba un pequeño zapapico que pendía de un cinturón de cuero.

Nada más extraño que aquel grupo dominado por un solo sentimiento, el sentimiento patrio. Nada más austero que aquel puñado de valientes en el que se mancomunaban las libertades de un pueblo indómito y el vigoroso circular de la sangre ardiente; el latido de amor y el deseo de venganza, el grito de rabia y la humilde y fervorosa plegaria. Nada más sublime que aquellos hombres que esperaban tranquilos la muerte.

La calle sucia y lóbrega en la que se ostentaba la barricada, comunicaba por medio de un callejoncillo con otra, no menos triste y desamparada también, que había cooperado á la obra.

Por aquella calle hubiera podido el enemigo realizar un movimiento envolvente para tomar de revés la barricada.

Manazas (que así llamaban á su jefe aquella gente) no sabía nada de estrategia, ni de táctica, ni de nada de cuanto al arte militar se refiere; pero estaba dotado de ese instinto previsor que hace precaver el peligro.

Algunas veces él mismo decía: «yo soy muy zorro.» Así es que tapó la entrada del callejón con una porción de piedras que alcanzaban dos metros de altura; alojó allí seis hombres y otros tantos en las dos casas laterales perfectamente parapetados detrás de los colchones que había mandado colocar en las ventanas.

Cuando vió concluido todo aquello, decía frotándose las manos: «que vengan, que vengan, enseguida me la van á pagar esos pillos.»

Yo llegué á la barricada merced á un accidente fortuito. Nos batíamos en una de las casas contra la cual el enemigo había lanzado una masa de hombres considerable; cayeron los más osados ó los más bravos, pero al fin la puerta fue derribada y se trabó en el interior una de esas luchas desesperadas, salvajes, inconcebibles.

Al salir (los pocos que salir pudimos) un pelotón del enemigo nos cerró el paso, saludándonos con una descarga que derribó en tierra á tres de mis desgraciados compañeros.

Yo no se por donde escapé; crep que por una callejuela que había á mi izquierda. Ennegrecido por el humo, jadeante, muerto de sed llegué dando vueltas y revueltas á una calle oscura y silenciosa donde se oía el eco continuo de la lucha como la repercusión de un lamento.

Cuando estuve en la barricada todos me rodeaban pintándose en sus rostros la ansie.